

drama es el de la guerra civil, cuando llegan las pasiones al seno de las familias.

La señora Panloja salió santiguándose y murmurando que a todos los enemigos de la religión se los lleven todos los diablos, que Dios cuidará de los suyos.

Las gemelas se abrazaron inundadas en llanto.

## CAPITULO II

### EL DESASTRE

#### I

Perdida la capital, se seguía la tradición de las antiguas revueltas; toda la nación secundaba el movimiento, adhiriéndose a los victoriosos.

Todos los jefes del antiguo ejército de Santa Ana, que Comafort había dejado con mando de fuerzas, todos se pasaban con armas y bagajes al enemigo.

Se perdió la confianza, que es la base para los militares.

El general Parrodi se hizo centro de los defensores de la Constitución, y avanzó al interior, donde reunió un grupo de ejército con las fuerzas de los Estados leales, y que se llamó la «Coalición».

Los reaccionarios comprendieron desde luego la necesidad de atacar al enemigo antes que se repusiera de la sorpresa y acumulara sus elementos de guerra.

El señor Juárez había establecido su Gobierno en Guanajuato, nombrando ministros al señor Ocampo, a don Manuel Ruiz, Guillermo Prieto y León Guzmán; dió un manifiesto a la nación, y esperó con su acostumbrada serenidad el curso de los sucesos.

La batalla que iba a librarse decidiría de la suerte de la revolución.

El general Luis Osollo fué nombrado general en jefe del ejército reaccionario. Por una rara contradicción, este hombre, que era liberal por instinto, y enemigo del clero, se veía hecho ídolo de la reacción; había combatido en Puebla y perdió un brazo en la Magdalena.

No era más que coronel y de improviso se encontraba dirigiendo una batalla.

El general Miguel Miramón, arrojado hasta la imprudencia, valiente y de inspiración del momento en el combate, sin instrucción, pero soldado de instinto, de oficial pasó a general, y eran él y Osollo los dueños de la situación, los solos árbitros de aquel Gobierno.

Zuloaga era un aparato de presidencia y nada más. Era un devoto que no tenía de general más que el uniforme. A nadie le inspiraba ni temor ni respeto.

Era como el cero, el símbolo de la nada.

El partido conservador apoyaba con todas sus fuerzas, lo mismo que el clero, a la reacción.

No obstante, comenzó a iniciarse en el público una división entre las personalidades de Miramón y Osollo.

#### II

El ejército de la coalición estaba desmoralizado.

Los jefes se desconfiaban entre sí, los liberales estaban temerosos, aunque creían en un triunfo definitivo, pero el presente los asustaba.

En Salamanca se había reunido el ejército al mando del general Parrodi, y allí esperaban al enemigo, que al saber que no era agredido, reunió grandes elementos para el combate.

La oficialidad estaba alegre.

Manuel y sus compañeros conversaban en torno de una fogata.

—¡Caracoles!—decía el estudiante—Hace un frío de todos los diablos.

—Mañana nos calentaremos con fuego de cañón—contestó Armando.

—Estos demonios de reaccionarios preparan un ataque tremendo.

—Si nuestros jefes no flaquean, los derrotamos.

—Seguro—dijo Manuel—, pero mucho me temo que pase lo contrario.

—Este señor Doblado se dobla demasiado, y si no me equivoco, nos va a dar un gran bromazo.

—La correremos—dijo Manuel—; al fin hemos de triunfar, salga el sol por donde quiera.

—Yo creo—dijo Armando—que la oleada va a ahogarlo todo, y cuando volvamos a empezar veremos claro; todos se van a la cargada.

Manuel se quedó pensando sobre aquellas palabras dichas al acaso y sin conciencia.

—Sí—dijo—; todos nuestros elementos están viciados; necesitamos «banco y baraja».

—Soy de la misma opinión, Manuel; pero nosotros estaremos fieles hasta el último momento.

—Y en nuestro puesto—contestó Manuel—; al fin si nos matan, otros vendrán a reemplazarnos, ya nadie detiene a las ideas: a los hombres se los puede vencer, pero a ellas nunca.

#### III

—Señor—dijo un oficial, dirigiéndose a Manuel—, a pesar de la orden que hay de que la oficialidad esté acuartelada, el capitán Carlos quiere salir atropellando al centinela.



— Pues, ¡fuego!—gritó Manuel—Ya voy allá.  
Se levantó violentamente, seguido de Armando, y entraron en el cuartel.  
—¿Qué pasa?  
Un oficial alemán se encaró con Manuel, que era el jefe, y le dijo:  
— Conmigo no puede hablar esa orden; soy oficial.  
— La orden habla con todos. Tenemos cerca el enemigo y estamos sobre las armas.  
— Este es un ultraje.  
— No; es una orden.  
—¿De usted?  
— Sí, mía, y usted no tiene que interrogar a sus superiores; preséntese usted arrestado.  
— Creía que me iba usted a responder como hombre.  
Exaltóse Manuel, y olvidando su posición le dijo:  
— Sígame usted.  
Se dirigieron al atrio de una capilla que está a la entrada de la población.  
— Si usted cree que me inspira miedo, estoy a sus órdenes.  
— Nos batiremos a revólver.  
— No, porque introduciríamos el alarma en el campamento.  
¿Tiene usted espada?  
— Aquí está—dijo el alemán.  
— Estos dos oficiales serán nuestros testigos.  
— Somos soldados.  
— Somos caballeros—dijo Manuel, y a la escasa luz de la luna comenzó el duelo.  
El alemán tenía mucha serenidad, y Manuel un grande ímpetu.  
No hubo resultado en el primer asalto.  
Comenzó el segundo con más fuerza; Manuel estaba herido en el brazo.  
— Está usted herido—dijo el alemán.  
— No importa; puedo sostener la espada.  
— Es que estoy enteramente satisfecho.  
— Yo no—contestó Manuel—; sigamos.  
— Lo satisfago a usted; no he tenido razón.  
— Ya no es hora de explicaciones; continuemos.  
Armando se interpuso y dijo:  
— Manuel, compañero, ustedes no se pertenecen, el enemigo está a la vista y no tienen derecho a comprometer su existencia sino en el campo; ya como hombres de honor han cumplido.  
— Mi jefe—dijo el alemán—, aquí está mi mano—y envainó la espada.  
— Y aquí está la mía—respondió Manuel—; pero lo voy a manchar de sangre.  
El alemán se arrojó en los brazos de Manuel.

— ¡Qué diablos!—dijo el estudiante—¡Si esto pasa todos los días!  
— Voy a mi arresto—dijo el alemán.  
— Sí—contestó Manuel—; primero es la disciplina.  
El alemán se dirigió al cuartel.  
— Por poco me mata ese animal; tiene un puño de acero.  
— Ha sido todo una tontería.  
— Lances de campamento.

## IV

Cuando llegaron a las fogatas, el asistente de Manuel le dijo:  
— Señor, ha venido una señora que tiene mucho empeño en hablar con usted.  
— Y ¿dónde está?  
— Pues ha de volver.  
— En el acto que llegue, me avisas.  
— Ya tenemos aventura—dijo Armando—; será alguna salamanchina que se ha prendado de ti.  
— Buena será ella, desde que viene al campamento.  
— Hombre, parece que tú no conoces a las mujeres; si hubieras tratado a mi Rosa, te hubieras convencido de que pueden dar hasta una batalla.  
— ¿Y no has tenido noticias de ella?  
— No, pero las espero de un momento a otro.  
— ¿Y cómo estuvo la escapada del convento?  
— Muy sencillo: le envié un cable, lo ató a una canal, y con una serenidad de arquitecto se deslizó hasta poner los pies en las baldosas.  
— ¡Qué valor de mujer!  
— Valor el mío, que he cargado con ella.  
— ¿Y después?  
— Pues la llevé a la casita de San Jerónimo, le gustó muchísimo, trabó amistad con Isabel, la novia de «Juan Gallinazo».  
— ¡Pobre amigo mío!—dijo Manuel.  
— La estancuillera es de la misma cuerda que Rosa y se entendieron desde luego.  
Esa noche cenamos juntos; yo pensaba quedarme; no tenía donde ir, ni dinero para pagar el hotel.  
— Ella accedería gustosa.  
— Tan gustosa—dijo Armando—, que luego que se lo indiqué, me largó una bofetada que vi círculos como el «comotro».  
— ¡Bribón!—me dijo—¡Eso no dicen los caballeros; yo me he fiado a un hombre decente, no a un canalla!  
— Hija mía, Rosa del alma; si yo lo hacía porque tengo frío.  
— Pues a dormir a la cocina, junto al rescoldo.



Como un gato casero, me fui a la cocina, pretextando que me quedaba allí, sólo por cuidarla.

Era aquél un pudor agreste y primitivo que me tenía azorado.

Manuel se echó a reír a carcajadas.

Así seguimos muchos días, merced a la esplendidez de «Juan Gallinazo» que es todo un hombre.

Una noche supo que su padre estaba en agonía.

—¿El ilustre cochero del Viático?

—Sí, también los cocheros mueren.

—Acompáñame—me dijo.

Subimos a un coche, y la dejé en la casa.

Me enteré, después, de aquella defunción, y de que estuvo a punto de ser estafada por el venerable clero; pero no se dejó: era capaz de haber derribado a la Iglesia católica.

Manuel no cesaba de reír.

—Todos los días iba a verme a la casa; como me encontraba tan perdido de ropa, me trajo dos levitas del difunto, dos pares de pantalones y esta capa, que es lo único que uso; porque en cuanto a las levitas, me vienen tan largas y tan estrechas, que ignoro cómo cabría el ilustre cochero, que en paz descanse.

—La ocurrencia es graciosísima—dijo Manuel.

—Lo más chistoso es que, para no desagradarla, un cuarto de hora antes de que llegara, me encajaba la levita, que era azul turquí; porque si yo desairaba al muerto en putrefacción, se venía el mundo abajo.

Luego que me vió Rosa, en aquella figura, le parecí muy bien y me ofreció un frac color de pasa que sólo sacaba su padre en los sacramentos habituales.

Yo le dije que lo guardaría para el momento en que nos casáramos; lo mandé al empeño y no lo recibieron.

Manuel no cesaba de reír.

—Tenía el frac—continuó Armando—unos botones dorados en forma de canasta, que los vendí por separado en una peseta.

—¿Y no te prestó dinero?

—Sí, la noche que nos despedimos me puso en la bolsa un papel lleno de medios nuevos, que había reunido de los bautismos: eran tres pesos cuatro reales; porque ella me creía en fondos y achacaba lo viejo de mi ropa a extravagancias de estudiante. La que me protegía era Isabel, ¡generosa estancuillera! Me dió para uniforme, armas y caballo, todo por orden de «Juan Gallinazo».

—¿Es todo un amigo!—exclamó Manuel, suspirando.

—Isabel es más atrevida que Rosa; al despedirse de Juan, le dijo:

—Si no vienes por mí, yo te voy a buscar; no me asusta el Mezcala, ni las montañas del Peregrino, ni la barraca de los Papagayos; te traigo de una oreja, y en paz todos.

Juan se reía mucho, porque la ha llegado a querer; se porta tan bien...

—Si vieras qué sentimiento hizo esa noche, ¡pobre criatura!—me decía—No tiene en el mundo más que a mí; se ha entregado de tan buena fe, que yo no la abandonaré nunca.

—Y lo cumplirá—dijo Manuel.

## V

El asistente avisó a Manuel que ya estaba ahí la señora que lo buscaba.

Manuel fué a su encuentro y se encontró con Isabel, la estancuillera querida de «Juan Gallinazo».

—¿Isabel!

—Sí, la misma; que vengo en busca de...

—¿De Juan?

—No; de usted.

—Aquí estoy; todo por usted, y cuanto se le ofrezca.

—Le prometí a Eva venir, y ya estoy aquí.

—Gracias, gracias—dijo Manuel, estrechándola a su corazón.

—¿Y dónde posa usted, Isabel?

—En casa de unas amigas.

—Es que mañana va a haber una batalla.

—No importa; tengo miedo por usted, que por lo demás poco importa.

—¿Pero dónde ha conocido usted a Eva?

—¡Toma! En el convento; allí me contó todos sus amores, y cuando usted se marchó la fui a ver; la vieja me recibió con cara de vinagre, pero yo le dije que era hermana de una cofradía y hasta me dió una limosna.

—Muy bien. y... cuénteme usted todo, todo; quiero saber de Eva.

—Pues está muy triste, supone que usted la ha olvidado.

—¡Nunca!—gritó Manuel—¡Ni después de muerto!

—En cuanto a Carolina, está inconsolable con la pérdida de Mario.

El día que estuve allí, salía un coronel, un soldadote.

—¡Siempre ese hombre!

—Salía tan furioso, que me atropelló, iba ciego y echando rayos y centellas por aquella boca de demonio.

Eva estaba contenta, trazó unas letras en este papel y me lo entregó a escondidas.

—¡Gracias, Isabel!

Tomó el papel, y a la luz de un cerillo leyó: «No me olvides, yo siempre te amo.—Tuya, Eva.—Cuida a nuestra protectora.»

—¡Con el alma!—gritó Manuel, lleno de júbilo.

—Ahora me voy—dijo Isabel.

—¿Necesita usted dinero? Aquí tengo, y mucho.



— Gracias; Juan me ha dejado cuanto pudiera desear.  
 — ¿Pero qué dice Eva? ¿Está bien? ¿Se acuerda de mí?  
 — Sí, hombre, sí; se acuerda y ya me tiene reventada con hablarme de usted, todo el día y a toda hora; ¡vamos!, que está enamorada hasta los tuétanos.  
 — ¿Y su mamá?  
 — Esa no está enamorada de usted.  
 — ¿Y Carolina?  
 — Calle usted, que ha habido un escándalo mayúsculo.  
 — Cuente usted, Isabel, cuente usted.  
 — Pues que ya se averiguó quién era el matador de Mario.  
 — ¿Y quién es?—dijo Manuel, pálido de ira.  
 — El coronel Altúnez.  
 — ¡Rayo de Dios! ¡Siempre ese hombre! Ya lo vengaremos; está en las filas enemigas y mañana tal vez...  
 — Si yo fuera hombre—dijo Isabel—, no se me escapaba: había de llevar a México las orejas.  
 — Isabel, yo tengo miedo; mañana puede ser saqueada la ciudad por el enemigo, en caso de que perdamos, y yo no puedo hacer nada por usted.  
 — Eso me tiene sin cuidado—contestó Isabel—; mire usted este revólver, tiene seis tiros y los sabré aprovechar; manejo la pistola, me ha dado lecciones Juan.  
 Manuel se sonrió.  
 — ¡Estoy desesperado!—exclamó Manuel.  
 — Además—continuó Isabel—, muy temprano corto camino y me pongo fuera de peligro, escriba usted pronto y cuenta arreglada.

Manuel sacó su cartera y escribió: «En víspera de un combate, te envío en estos renglones, todos los latidos de mi corazón. No me olvides, que yo tengo de volver y te estrecharé en mis brazos. Tuyo hasta la muerte.»

## VI

Entregó el billete a Isabel, y, dándole un estrecho abrazo, se fué a reunir con Armando, que ya lo esperaba con curiosidad.

— ¿Quién diablos es tu desconocida?  
 — No te lo puedes figurar.  
 — Habla, hombre.  
 — Pues ¿quién había de ser tan atrevida de venir al campamento, sino la estanquillera, la de «Juan Gallinazo»?  
 — ¡Cuerpo de Satanás! Estas mujeres son el demonio—exclamó Armando.  
 — ¿Qué noticias me das de Rosa?  
 — Que el día menos pensado viene por el mismo camino; ya sabes que la niña no se tienta el corazón.  
 — Ya lo creo y no ha dejado de pasarme por el magín.  
 — No se parece a Eva, tan tímida.

— Pero no es lo mismo ser hija de un cochero, aunque sea del Viático, que una persona decente.  
 — Tienes razón, pero ella está enamorada de ti.  
 — Y a macha martillo, ¡caracoles!; por mí es capaz, es decir, ha sido capaz, de descolgarse de una altura de cincuenta varas.  
 — Y eso sin contar las bofetadas que te arrimó la noche que creías era de boda.  
 — Todavía me acuerdo de sus manecitas.  
 — Entremos al cuartel, es necesario estar en vela.  
 — Es horrible—dijo Manuel—no tener confianza en la tropa; toda está contaminada por esos malditos.  
 — Me parece que ha llegado la hora de perder.  
 — Así me lo temo—respondió Manuel—. No veo claro; las defecciones están a la orden del día.  
 — Es verdad—dijo Armando—; hemos perdido la brújula. Además, la batalla debía ser en Celaya y nos hemos retirado a Salamanca; esto ha desmoralizado un poco.  
 — Un mucho—dijo Manuel—; como la tropa no comprende la estrategia, cree que replegarse es huir.  
 — Y yo también lo creo—dijo Armando.  
 — Veremos lo que pasa; vamos adentro.  
 Los dos oficiales entraron en el cuartel.

## VII

La noche estaba silenciosa; sólo se oía el grito del centinela por intervalos.

Corría un viento helado que arrollaba las nubes, dejando ver la majestad tranquila de la luna.

Las estrellas resplandecían y los meteoros recorrían el espacio en encontradas direcciones.

El ejército estaba acuartelado; sólo la gran guardia estaba avanzada y los exploradores avanzaban en dirección al enemigo.

La ciudad se envolvía en las sombras de la noche.

Sólo en unas ventanas se percibía el brillo de un quinqué que arrojaba su luz sobre la acera de enfrente.

En una sala espaciosa estaba el general Parrodi hablando con el general Doblado, alma de la coalición.

Doblado tenía un gran talento práctico; nunca se hacía ilusiones ni se dejaba llevar por la imaginación.

— Señor general Parrodi, ¿a dónde estaremos mañana a estas horas?

— Sobre México—contestó el general.

Doblado movió la cabeza en son de duda.

— ¿No tiene usted fe, señor Doblado?

— Estamos solos, nadie nos escucha—dijo Doblado—, podemos hablar con entera franqueza.

— Ya lo escucho a usted, señor general—dijo Parrodi.



— Hemos concluido de estudiar nuestro plan—dijo Doblado—; hemos fijado los puntos de la batalla; todo está perfectamente, nada tengo que objetar.

Quedó pensativo algunos momentos y luego continuó:

— Sé, además, que usted es un buen general, valiente y familiarizado con el peligro, pero la situación es la que me espanta.

— Explíquese usted, señor general.

— Pues estamos en el momento terrible de la derrota; necesitamos que acabe la marea para que venga el reflujo: ésa será nuestra hora.

— No comprendo bien.

— Voy a explicarme, señor general.

El señor Comonfort, con ese paso imprudente, al que tanto me opuse, ha comprometido la situación entera. La nación cree que todos los principios proclamados eran un sueño irrealizable, porque hasta los mismos liberales están asustados; no ha habido tiempo de poner en práctica una idea, y no cuentan sino con pocos partidarios.

— Es verdad—murmuró Parrodi.

— La nación ha visto que el mismo autor de la revolución se ha pronunciado contra ella, y esto es desastroso.

— Así lo he comprendido.

— Los Estados que imprudentemente secundaron el Plan de Tacubaya, han vuelto al orden constitucional, y esta vacilación ha sido un detestable ejemplo.

— Se había previsto—dijo Parrodi.

Doblado, continuó:

— Nos batimos para dejar un precedente, pero no porque tengamos fe en el triunfo; pero, por el momento, estamos perdidos, contamos con la enemistad del país, que ve encendida una guerra religiosa, como lo es en efecto, porque el torrente revolucionario nadie lo contiene... Pero el triunfo será el de las ideas, seguro como una solución matemática. El país no puede vivir en este letargo, necesita despertar al progreso, fundirse en una nueva civilización.

— Esa, ésa es mi idea, señor general.

— Estamos simplemente en una crisis, en que aparentemente todo lo vamos a perder; pero nuestro es el porvenir, no es inútil esta sangre que se derrama, nosotros saldremos de esta noche que nos envuelve, esto dice la historia.

Los dos quedaron hundidos en una profunda cavilación.

— ¡Pero mañana!—gritó Parrodi.

— Señor general—dijo Doblado—, mañana perdemos la batalla.

— ¡Pero mi nombre!—exclamó Parrodi.

— Ese no perderá, señor general.

— Pero yo debo pelear hasta el último trance.

— Y yo lo acompaño a usted; lucharemos, pero con la convicción de que no podemos oponernos a los sucesos.

— ¡Esto es horrible!—exclamó Parrodi.

— Señor general Doblado, estamos en presencia de unas circunstancias excepcionales, la avalancha nos arrolla, es necesario someternos al destino, del que nadie puede huir.

— Señor Doblado, usted no tiene fe, no puede usted combatir.

— No me faltará entereza, no traspantaré mi espíritu, no desmoralizaré a mis tropas, pero voy decepcionado, profundamente decepcionado.

— Señor general Doblado, si triunfásemos mañana, todo ese edificio quimérico vendría por tierra.

— Es verdad, pero no triunfaremos.

— Tenemos un vasto terreno para continuar la lucha.

— Es verdad, y seguiremos en el empeño, pero, en una palabra, es necesario que todo concluya, que todo termine, para reconquistarnos.

Se necesitan también hombres nuevos que den vida a la revolución, que inyecten sangre virgen en las arterias de los combatientes, y esos hombres aparecerán; los engendra la revolución, y ellos saldrán a la luz del sol.

— ¡Pero mañana!—volvió a decir el general.

Doblado ya no contestó.

Se oyeron en la puerta tres toquidos dados con discreción. Levantóse Doblado, y tendiendo la mano al general Parrodi, le dijo:

— Dentro de unas horas, sobre el campo, señor general.

— Sobre el campo—respondió Parrodi.

Luego que salió Doblado, Parrodi se adelantó a la puerta donde habían llamado, abrió y dijo reconociendo a una persona:

— Pase usted, señor coronel Calderón.

### VIII

El coronel Calderón era el tipo de los caballeros, el soldado pundonoroso y valiente, el hombre más firme en sus ideas.

— Mi general—dijo—, vengo a recibir órdenes.

— Aquí tiene usted mi plan de batalla, puede usted ver su situación.

— La estudiaré con cuidado, mi general.

— ¿Y qué tal esas caballerías?

— Perfectamente, mi general; están listas para la batalla.

— ¿Y no desconfía usted?

El coronel guardó silencio.

— Conteste usted, coronel.

— Señor general, yo he perdido la fe en todo; estoy viendo tantas infamias, que creo que la traición nos aprisiona por todas partes. El honor del soldado, la fe del caballero, la dignidad de los hombres, se desvanecen como el humo de una descarga; estoy verdaderamente azorado. Los que ayer juraron banderas, hoy las despedazan con el mayor cinismo, re-



niegan de sus ideas, se pasan al enemigo y son nuestros mayores adversarios. Delante de este espectáculo, vacilo y dudo, no acierto a nada, pero me reconcentro en mí mismo, y me digo: ¡A cumplir con mi deber, a morir!

— Bien, coronel—dijo Parrodi, abrazándolo.

— Yo no entiendo más política, señor general, que el soldado debe ser fiel a sus juramentos. Los jefes están dando el ejemplo, ellos juegan con las multitudes armadas, y las colocan a su antojo como en un tablero, la inmoralidad cunde, ¡hay premio para la traición y una carcajada para los hombres honrados!

— Es verdad, es verdad; pero vendrá una reacción en que se haga justicia, y el desprecio y el vilipendio caerán sobre esos hombres, sin vergüenza y sin delicadeza, que van tras del éxito, rebajando las divisas que la nación ha puesto sobre sus hombros.

— Así lo espero, señor general, mientras el país se hunde en un abismo de sangre que ya nos salpica el rostro.

— Así se conquista la libertad, señor coronel; ya verá usted más tarde formarse un ejército de hombres honrados, incapaces de una perfidia.

— Ese día, señor general, será un día dichoso para la patria; entonces relegaremos al desprecio a esos miserables que huyen y desertan más por cobardía que por otra cosa.

Los mismos reaccionarios los verían con desdén, porque comprenden que los que han roto y despedazado sus juramentos y pisoteado sus estandartes, mañana, si se eclipsa su estrella, serán los primeros en abandonarlos y en traicionarlos.

— Entretanto—dijo Parrodi—es necesario que nosotros demos el ejemplo de lealtad y subordinación.

— Cumpliré como soldado, mi general.

— Al amanecer, señor coronel.

— Al amanecer habré ocupado mis posiciones.

Salió el coronel y Parrodi se tiró en una silla y apoyó la cabeza entre las manos.

Levantóse después y paseándose por el aposento, murmuraba:

— Nadie tiene fe en esta lucha; me han desmoralizado. Pero yo soy el responsable ante la nación; ésta es una batalla decisiva... ¡Oh, si tuviera la fortuna de morir!

Comenzaba a difundirse la primera luz del crepúsculo; las estrellas parecían esconderse en el azul del cielo; se oía el canto del gallo, precursor de la mañana.

Sonó el toque del alba y respondieron los clarines y los tambores.

— Ya es hora—dijo Parrodi, se colgó al cuello su anteojo y se ciñó la espada.

Relinchaba en el patio su corcel, y se oía hablar a sus ayudantes.

Salió, saludó cortésmente a los oficiales de su Estado Mayor, montó en su caballo, y salió para el campo de batalla.

## IX

Amanecía; los batallones desfilaban en silencio, con sus jefes a la cabeza; se escuchaba el pesado rodar de las cureñas y de los carros y el trote de las caballerías.

Aquel ejército tomaba posiciones; porque el enemigo no dilataba en aparecer.

El general Parrodi recorrió al galope las líneas; daba órdenes; era el alma de su campo.

Los ayudantes corrían en todas direcciones y todo seguía perfectamente y en toda regla.

El clarín de órdenes caminaba al lado del general en jefe, y el agudo grito se escuchaba en toda la línea, que parecía repetir el eco, arrojándolo a distancia.

Alzóse a lo lejos una polvareda, como remolinos de huracán, levantándose hasta el cielo.

Caminaba la nube y avanzaba como los penachos de humo que despide la máquina de la locomotora.

Los clarines tocaron «enemigo al frente».

Como si aquel ejército tuviera una sola pupila, su mirada se dirigió hacia la nube que levantaba en su paso el enemigo.

La emoción es igual en los campos combatientes.

La voz de «allí están», que circula como chispa eléctrica, enfría la sangre en las arterias, hace palpitar el corazón y temblar los pulsos.

La agitación nerviosa palpita en todos los organismos; no hay un rostro en su color.

Todos se aprestan delante de la muerte probable.

La reacción es el ardor salvaje; tiene su momento de transformación. Después todo cambia; la emoción se convierte en coraje.

Hay un reto al destino.

Un desdén a la sangre, un desafío a lo desconocido.

## X

El cuerpo del ejército reaccionario estaba a las órdenes del general Luis Osollo.

La primera división, al mando de Casanova, y la segunda, al de Liceaga.

Mejía mandaba las caballerías.

Todas aquellas fuerzas que venían por distintos rumbos, convergieron a Salamanca, donde esperaba el ejército de la Coalición.

La segunda división se dirigió a la Hacienda de Cerro Gordo. La primera división se dividió en dos columnas a una misma altura, apoyados sus flancos por las caballerías, y mien-



tras éstas, dentro del bosque, iban flanqueando al enemigo.

La división Liceaga se concentró sobre el parque general. No ocupando el enemigo la posición de Cerro Gordo, las caballerías de la Coalición avanzaron el flanco derecho.

El enemigo se detuvo frente a Salamanca y allí desplegó Miramón en batalla, dirigiendo las baterías sobre Cerro Gordo.

Después de un vivo cañoneo, las caballerías de la Coalición se replegaron a Salamanca, y el ejército se puso en expectativa sobre las operaciones del enemigo.

Parrodi no queriendo perder el campo donde había llamado a sus contrarios, esperó a pie firme.

Jugó la artillería toda la tarde sin que se observase movimiento alguno en el ejército de la reacción.

En la madrugada del día 10, Osollo se dirigió sobre Cerro Gordo, ordenando a Miramón y Mejía, que al observar el empuje de la segunda división, entraran en combate.

En la llanura que media entre aquella posición y Salamanca, desplegó en batalla la segunda división.

Las caballerías de la plaza tomaron orden de batalla al frente del enemigo, que se extendió a la izquierda sobre una mancha del monte.

Al abrirse el fuego, el coronel Calderón lanzó sus fuerzas sobre la línea con tal ímpetu, que desconcertó por completo al enemigo.

Entonces toda la artillería concentrada hizo fuego a metralla sobre la caballería, que peleaba tan bravamente.

Una bala rompió el valiente pecho del coronel Calderón, que era el alma de aquella carga.

Un torrente de sangre se desbordó, y el coronel cayó exánime entre el polvo de aquella lid tan encarnizada.

La batalla se hizo general, pero los dragones viendo muerto a su coronel y arrollados por el fuego mortífero de los cañones, se replegaron en desorden sobre la línea de combate y la descompusieron.

La reacción aprovechó el momento, y la tercera división cargó con ímpetu desesperado, arrollando la primera división de la plaza, que abandonó la artillería y se puso en dispersión.

Entonces el general Parrodi viéndose perdido, ordenó la retirada, que se verificó en tal orden como no se esperaba, y tomó con una división el camino, rumbo a Jalisco.

Doblado, conservando intactas sus fuerzas, se salió del campo en un movimiento perfectamente estratégico, por el camino de Guanajuato, en tanto que otras fuerzas llevaban rumbo a Michoacán.

La derrota del ejército liberal fué más bien una segregación frente al enemigo, resultado de las mutuas desconfianzas que entre los jefes reinaban, y la conducta equívoca de Doblado.

El elemento militar simpatizaba con la reacción y no podía amalgamar con los soldados de Ayutla.

Era preciso deslindarse de una vez y recontar a los batalladores de la libertad.

Aquellas fuerzas que se dispersaban por distintos rumbos, pregonaban que la revolución pasaría como el huracán por todas las zonas de la República, que el país estaba incendiado, y que la lucha no tendría más término que el triunfo de la Constitución.

Doblado, siguiendo su idea de que era necesario acabar con todo para comenzar de nuevo, llegó a Romita, y desde allí capituló con el enemigo.

El general Osollo mandó recoger el cadáver del coronel Calderón, dispensándole toda la justicia al soldado muerto heroicamente en el campo de batalla, y le mandó dar sepultura con todos los honores de ordenanza.

### CAPITULO III

#### SIGUE EL DESASTRE

##### I

Manuel y Armando fueron llamados como ayudantes por el coronel Calderón, en la víspera de la batalla.

—No nos separemos—decía Manuel—, defendámonos; porque la carga va a ser terrible.

—Estoy a tu lado—dijo Armando—; moriremos juntos.

—¿Quién piensa en eso?—exclamó Manuel.

—Es que tengo un mal presentimiento.

—No le hagas caso al corazón; siempre nos engaña—respondió Manuel.

—He tenido un sueño espantoso: veía salir un borbotón de sangre de mi pecho; junto a mí estaba Rosa.

—Sueños, y nada más que sueños—dijo Manuel—. Como ahora empiezas tu carrera de soldado, tus impresiones no pueden ser otras.

—Me tengo miedo—dijo Armando.

—Pues olvida; estamos bien despiertos; no es hora de soñar.

—Es que estoy viendo...

—¡Que calles, hombre!—interrumpió Manuel—Ten ánimo, serénate, que ya está el enemigo al frente.

Pisaban los corceles como si estuviesen impacientes de entrar a la batalla.

Sonó el clarín y al mismo tiempo la voz del coronel.

—¡Soldados, vais a luchar por la patria y por la libertad: no desmayéis en vuestro valor; cuento en el ímpetu con que siempre habéis peleado; aquí está nuestra bandera! ¡Viva la Constitución!

Arrojóse al frente de sus soldados y se envolvió con el enemigo en una nube de polvo y de muerte. Gritos, maldiciones,